



PÁGINAS ILUSTRADAS

Fundador-Propietario:
Próspero Calderón

REVISTA SEMANAL

Editor:
Francisco Calderón

LITERATURA, ARTES, CIENCIAS, VARIEDADES

INTER POCULA ET DAPES

Cuentan que al sabio Sócrates, un día,
Llevaron sus discípulos fervientes,
Entre muchos y espléndidos presentes,
Cada cual lo mejor, según podía.

Tocó su turno á Esquines, y al momento
Dijole al sabio con genial franqueza:
—Carezco de fortuna, y mi pobreza
Nunca, cual hoy, ¡oh Sócrates! lamento.

¿Qué puedo daros yo que digno sea
De vos? ¿Renombre, honor, placeres, oro?
Mi corazón es mi único tesoro,
Fuera de esto, no hay nada que posea.

Y así como el filósofo, yo os digo:
Si la fortuna me negó sus dones,
Sé que es de levantados corazones
Ser todo corazón para el amigo.

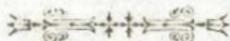
Cambiar sus noches tristes y sombrías
En mañanas de sol, limpias, serenas,
Y, como un niago, transformar sus penas
En plácidas y dulces alegrías.

Remover de su senda los abrojos
Y la hiel endulzar de sus dolores,
Y sus espinas convertir en flores,
Y enjugar una lágrima en sus ojos.

Así concibo la amistad que es pura;
Así, cual lazo indestructible y fuerte,
Que no desata ni la misma muerte,
Que de los tiempos al través perdura.

Que opiniones disímbolas concilia,
Que hace del mundo en la perenne guerra,
Un hogar de los pueblos de la tierra,
Y de la humanidad, una familia.

AGUSTÍN LANUZA



AL GALOPE

I

—¡Aligera, «Corza», que ya llegamos! ¡Grasia á Dió que veo los olivares de mi pueblo!

Y Juan clavó las espuelas en los ijares de la yegua. Su alma estaba llena de alegría inmensa, alegría de enfermo que recobra la salud, alegría de proscrito que vuelve á la tierra donde naciera.

¡Cuántas penas en aquellos des años! Primero la noche del alijo, en que, perseguido como un lobo, hirió de muerte á uno del resguardo. Después la huida á Málaga, el embarque en la legata á Orán, la espera angustiosa en el muelle entre rostros desconocidos, viendo, desde la escollera, romperse las olas que venían de España. Luego el viaje nocturno en ferrocarril, el paisaje entrevisto á la luz de la luna, gargantas y desfiladeros espantables, ríos que el invierno trocaba en torrenteras, bosques espesos, tras los que habitaban los kábilas, y la llanura al fin, pasados los «chotts»; la planicie inmensa, con sus sábanas de florecillas blancuzcas y su simétrica vegetación, su horizonte infinito, que apenas rompía la mancha gris de una caravana.

Y había sido más tarde la vida

monótona del espartero, los días inclinado sobre la tierra, las noches en la tienda, que rondaban las hienas; los monólogos cortados por sollozos, el anonadamiento final, el estupor de que le sacara la carta de Fuensanta.

Cuando se la leyeron, sintió como una sacudida en su alma. Ella le esperaba siempre, aguardando con ansia la hora en que, olvidado el recuerdo de la trágica noche del alijo, volvería á su lado para embriagarla de dicha infinita.

Una enfermedad de varios meses le retuvo moribundo sobre el triste lecho del hospital del Círculo. Apenas convaleciente, marchó á Orán, luego á Constantina; trabajó como peón en las Granjas, y habiendo reunido 500 francos, embarcóse con rumbo á España.

Llegado á Málaga, un amigo del Perchel alquilóle una yegua. Y al fin, en aquella hermosa tarde otoñal, trotaba por los caminos de su tierra, mientras que en los marjales muchos hombres de ancho sombrero y camisa blanca se inclinaban sobre las vides cortando sus racimos.

II

Era ya oscurecido cuando divisó el pueblo. Acordóse de aquella otra

noche invernal, en que se despidió de su novia, y comparólas jubiloso. Entonces, lluvia, frío, luto en las cosas y en su corazón. Ahora, luna clara y serena, cielo estrellado, aromas en la campiña, alegría en su espíritu. . . Alegría, sí, porque iba á verla. . .

Rodeó el pueblo, y entrando en el callejón de cercas que lo flanquea, internóse en una escampada. La casa se destacó al fondo, entre los árboles. Nada había cambiado. Aquel rincón acusaba una paz inalterable.

Acercóse y vió luz. Y después de desmontar y atar el caballo, empuñó el aldabón con mano trémula.

—¿Quién es?—Preguntó la voz de Fuensanta.

—¡Abre, abre pronto!

Moriase de impaciencia, y al mismo tiempo sentía un temor desconocido, como si tras la puerta le aguardase la desgracia.

Abrieron. Juan precipitóse en la sala baja, papitante el corazón, el alma en los labios y en los ojos.

Ella había dejado la luz sobre una mesa, y se quedó mirándole atónita, con la expresión de estupor del que se ve en presencia de un resucitado.

—¡Tú!

—¡Yo!

La abrazó frenético, llorando y riendo, en un transporte de júbilo que le enloquecía.

Pero de pronto se separó de ella, cogióle las manos y la miró sorprendido:

—¡Tú! ¡Tú. . . ! ¡Pero tú no me besas!

—¡No. . . no puedo!

—¿Qué? ¿no puedes?—gritó él, sintiendo la mordedura de una atroz sospecha.

—Nó.

—¿Por qué?

—Porque. . . ¡porque me casé hace dos meses. . . !

Arrojóla contra el suelo y alzó sobre su frente abatida sus dos puños amenazadores!

—¿Qué, te has casao. . . con otro?

Ella gimió:

—No me contestabas, y un día, el tío Luque, que ha venido de la tierra donde tú estabas, me dijo que habías muerto en un hospital, de calenturas. . . Manué, cuando lo supo, comenzó á rondarme. Mi mae me mandó que me casara. . . y como te creía muerto. . . ¿qué iba á jasé?

Apenas la oía. Experimentaba como un aniquilamiento de su sér todo. Dentro de él se derrumbaban, deshechos, esperanzas, deseos, amores. . .

Ella, acurrucada en el suelo, miedosa y suplicante, seguía hablando.

—Manué no me dijo ná hasta que creyó que habías muerto. . . él no tié la culpa. . .

Juan volvióse y, sin hablar, salió á la escampada. Ella levantóse y le siguió, trémula, balbuceando suplicas.

El montó. Ella imploró, las manos juntas:

—¡Díme, por Dió, qué vas á jasé!

Suplicaba y temía; pero no por él, sino por el otro. Miróla entre dolorido y desdeñoso, y la tranquilizó con un gesto.

—No te asustes, mujé. No he venío á meteme con naide.

—¿De vera?

Aquella insistencia acabó de amargar su alma.

—¡Jasta nunca!

Picó espuelas y salió al golpe.

III

Dejó atrás el llano, la vega, los olivares y ganó el monte. Subía siempre, sin detenerse ante los repechos, aguijoneando á su yegua, animándola con el gesto y la voz, en una carrerá loca que parecía embriagarle.

Galopaba, galopaba como en sus noches de contrabandista; noches de alijo, en que confiaba á su caballo su vida y sus intereses. Su destino era cabalgar, correr siempre, perseguir fantasmas. . . Y ahora, ahora sí que no se le escaparía lo que á buscar iba.

La yegua saltaba barrancos, coronaba lomas, bajaba cuestras. Bien pronto dejó la región de las colinas

que mueren en el llano, y se aventuró en lo más alto, cerca de donde hacen sus nidos las águilas.

¡Arriba, arriba, siempre adelante, hasta los picachos que besa la nieve en los inviernos!

Llegó á una altura desde la cual se divisaba todo el panorama de la comarca. La noche era clara. Los campos y la sierra estaban bañados por una dulce claridad.

Abarcólo todo con una mirada. Primero eran los montes flanqueados de olivos, que subían por sus laderas al asalto. Luego los valles sombríos donde blanqueaban algunos cortijos entre parras. Después la gran sábana de la vega, surcada por acequias murmurantes, festoneada de matorrales, peinada y simétrica, con sus vides y barbechos, sus pueblecillos de luces perdidas, sus casas de labor ocultas entre jaras. Luego una línea confusa, una pincelada que era linda y confín y que parecía recortar el agro en un dibujo caprichoso. Y por último, una masa de nubes que se extendía hasta lo infinito, un claror vago de estanque dormido, donde la luna rielaba, y á la derecha, como un gran borrón que acabara en punta, una sombra siniestra: el pico gibraltareño.

Juan abrió los brazos y pareció estrecharlo todo en un abrazo inmenso: tierra, mar, montes, casas, árboles, lo vivo y lo inanimado, lo

que amaba y lo que aborrecía. Aquel abrazo era como una absolución.

Después aflojó riendas y clavó las espuelas en los sangrientos ijares de la yegua.

—¡Arzal!

Y el animal arancó al galope por la pelada planicie que limitaban algunos peñascos.

—¡Corre! ¡Corre! ¡Más! ¡Así!

Un picacho. Otro. Un barranco. Una loma. La yegua corría siempre. Juan miraba á las estrellas.

De pronto apareció entre dos rocas un agujero negro, una hendidura, una raja de lisas paredes.

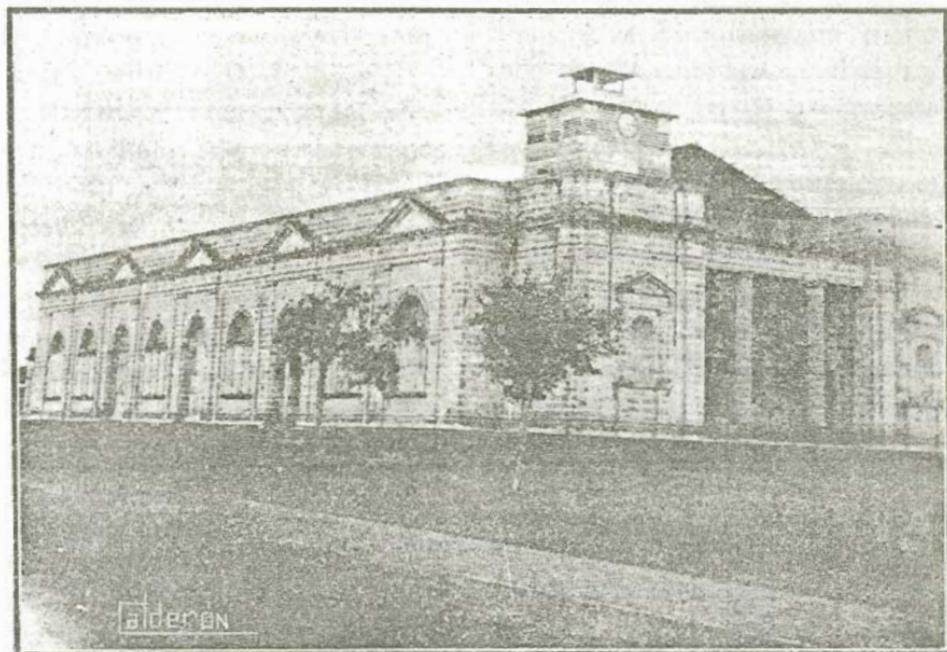
Juan se inclinó y con ambas manos tapó los ojos á la yegua mientras la espoleaba frenético. El animal relinchó de dolor, encabritóse y saltó al abismo.

Hubo un momento de silencio, al que siguió un golpe sordo. Después, nada. . .

La paz de la noche, que turbara la cabalgata de Juan, reinó otra vez en la montaña.

Y la luna continuó brillando en el palio azul del cielo y derramando sobre las cosas su luz serena.

FABIÁN VIDAL.



LA TRISTEZA DEL INVIERNO

Tristemente, con los ojos húmedos, miro caer el agua.

Y pienso que los seres y las cosas que me rodean, sienten—como yo—una honda desgracia.

¿De qué Jordán del cielo, de qué milagrosa fuente remota llegan á la tierra las ondas bautismales del invierno? Ondas frías y largas, íntimas ondas que se deshacen con el gesto de una pena ignorada?

¿Por qué se sufre una vasta congoja cuando las nubes pasan, negras y fúnebres, y se oye—á intervalos—la música de los atambores del vacío?

¿Qué misterio, qué profundo secreto se esconde tras el fino cristal de la lluvia que trae á mis infortunios una nota más de dolor? . . .

Mientras el agua cruza las calles, arrastrando los rípios de las expuertas, y un piano, á lo lejos, está diciendo una romanza, mi corazón desentierra sus muertos.

¡Cómo duele, cómo ennegrece al espíritu el recuerdo de los días que fueron!

¡Cómo la sombra de un amor, perdido para siempre, nos llena de pesadumbre y de lágrimas!

¡Cómo la dicha que se va, que no vuelve nunca, hace pensar en la muerte, por quien Madama de Sevigné odiaba la vida, y por quien el alma asciende á la confluencia

de las eternidades, de que hablaba Carlyle! . . .

¡Cómo cambia el mundo en la tortura infinita de las desolaciones!

(Huérfano de tu cariño ¡oh, madre mía, todo para mí está enfermo, y en la angustia de las horas que se seceden, sólo tu nombre se escapa de mis labios y se convierte en oración!)

Entre tanto, ha cesado de llover. El ala de una golondrina roza mi puerta; y allá, en *La Montañita*, sobre el verdor del follaje, desfilan cien copos de neblinas; y el viejo *Picacho*, que cantara en mis versos, parece que bostezara y desperezara sus músculos entumecidos por el cansancio de los años.

¿Por qué es triste el invierno? ¿Por qué la ilusión, como pájaro zahareño, se embriaga en el azul y nos deja solos, en un abatimiento extrahumano?

Quién sabe. La naturaleza es única é invariable en sus designios; y así como hace florecer los árboles, y cubre de belleza los bosques—trémulos de nidos y de frutos—y ve en la unanimidad de los astros la armonía universal, así también, cuando se marchita la esperanza, arroja sobre los hombres el invierno del alma, trágico invierno que deslíe sus aguas sin detenerse nunca, jamás, en el cauce de las heridas sin término.

ADÁN CANALES.

SALUTACIÓN Á LA AMADA

Las puras melodías con que los ruiseñores
saludan en tu huerto del alba los fulgores,
mi espíritu quisiera tener, para cantar
el himno que haga elogios de ti, noble doncella,
el himno que te diga que en tu mirar destella
la luz que hay de la Madre de Cristo en el mirar.

Al pie de la ventana donde tranquila sueles
ver cómo se abrillantan las rosas y claveles
con que la Tarde cubre de Ocaso la región,
haré venir artistas que, al ritmo de laudes,
entonen las romanzas que ensalcen tus virtudes,
mientras las notas vibren de mi salutación.

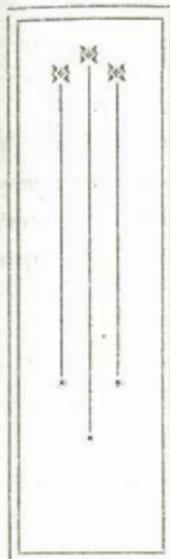
Jamás el Mundo intente manchar tu vestidura!
Jamás la Tisis quiera poner en tu hermosura
la palidez que es nuncio del postrimer dolor!
Que siempre, emocionada por la Ventura, rías!
Que siempre des al viento canciones de alegrías
que del Divino Acento parezcan el rumor.

Vayan á ti los céfiros á perfumar tu frente
cuando la Aurora vierta su lumbre transparente
y rósea, de tus amplias ventanas al través;
vayan á ti las músicas de tierna serenata
mientras la Luna finge mujer de viva plata,
de iluminados rizos y de brillantes pies.

Yo soy el dolorido que presentiste un día
en que te acariciaba la luz de la Alegría
y en que te acariciaba la luz de la Pasión;
y hoy llego hasta el palacio que habitas, noble hermosa,
para ofrendarte perlas del Istmo y una rosa
que albergue da á venenos: ella es mi corazón.

Y te dirán las perlas con su lenguaje mudo
que aceptes mis palabras, que aceptes mi saludo,
y ellas después corona de luz te formarán.

Y te dirán las perlas con pálidos fulgores
que aceptes mis amores, mis cálidos amores,
y, ellas después, sus brillos en premio te darán.



— MEDALLÓN —

En el álbum de la distinguida señorita Graciela Astúa.

Niña gentil: en mi anhelo,
quisiera en tu álbum dejar
las estrellas de mi cielo
y las perlas de mi mar.

No tengo yo más que flores,
y de mi tierra al través,
vengo, cual sus trovadores,
á ponerlas á tus pies.

Graciela, por tu belleza,
que es gala de este pensil:
por tu gracia y gentileza
princesa te hiciera Abril.

Tú eres aroma y poesía,
ensueño de ideal amor,
inefable melodía,
alondra eres, ruiseñor.

Pareces hurí que asoma
en el Edén andaluz,
y de tu país el sol toma
en tus pupilas la luz.

Estrella de las hermosas,
perla que canto en mi afán,
un pensamiento las rosas
y violetas te dirán.

Vengo cual los caballeros,
de pura amistad en fe;
un doncel de los primeros
que su noble amor te dé.

De tu hogar paterno encanto,
vele Alá siempre por tí,
y alcance tu mano, en tanto,
el que merezca tu sí.

Graciela, nunca la pena
atlija tu corazón,
porque eres modesta y buena,
y afligirte no es razón.

Niña espiritual, no olvides
que por tu gracia y virtud,
te doy cuanto tú me pides:
el final de mi laúd.

ORIGEN DEL CANSANCIO

El cansancio es un estado de envenenamiento. El músculo es una especie de máquina, que puede ser comparado con una locomotora, desde el momento que él mismo lleva su propio combustible. Tal combustible lo contiene el músculo en la forma de almidón animal, ó glicógeno, convirtiéndose luego en bióxido de carbono y ácido láctico en cuanto de él empieza á hacerse uso. Estos dos productos son venenos que afectan los músculos, dice el doctor J. H. Kellogg en uno de sus escritos. Cuando se hallan presentes en pequeña cantidad, como al principio de algún trabajo, ellos aumentan la irritación muscular y contribuyen á que el trabajo pueda ejecutarse con más facilidad—es decir, que con el mismo esfuerzo se hace mayor cantidad de trabajo. Esto ha sido probado con los experimentos hechos con animales, y da á conocer el motivo por el cual los hombres y animales demuestran agilidad y viveza al principio de todo ejercicio; como por ejemplo, cuando el jockey ejercita su caballo antes de ponerlo á correr para probar su velocidad.

El descanso cura el cansancio porque da oportunidad á que se renueve en la sangre el veneno paralizador que se ha introducido

allí durante el trabajo. El descanso renueva la capacidad del músculo para el trabajo, aun cuando el músculo haya sido retirado del cuerpo. Un músculo separado del cuerpo de un cerdo, y obligado á funcionar por medio de la electricidad hasta cansarlo completamente, después de algunos minutos de descanso y al renovarle la cantidad de oxígeno, se hallará nuevamente en condición de empezar á trabajar. Ya son muchos los casos en que personas enteramente cansadas y debilitadas, han revivido inmediatamente al inhalar oxígeno. Los experimentos han mostrado que los atletas pueden alcanzar mayores hazañas al inhalar oxígeno poco antes de hacer el esfuerzo supremo.

Un baño caliente y muy corto, disminuye el cansancio porque estimula la circulación y aviva la renovación de los venenos del cansancio. Un baño caliente y prolongado agrava los síntomas del cansancio y aun puede llegar á producir le extenuación, estado que se diferencia muy poco del cansancio. Un baño frío y corto, alivia el cansancio por el efecto general y excitante que estimula los centros del seso y del nervio, aumenta la excitación muscular y hace que todo esfuerzo sea más fácil.

COMPañÍA DRAMÁTICA ESPAÑOLA "EVANGELINA ADAMS"



DOÑA EVANGELINA ADAMS,

Primera actriz, en su difícil papel en "Canción de Cuna"

UNA IMAGEN

En las tardes cálida des junio, el Sol prende en el cielo los románticos jardines crepusculares, los desfallecientes jardines, sembrados de violetas pálidas, de rosas exangües y de grandes lirios sangrientos. . .

Y desde el cielo, que parece una grande agua azul, inmóvil y profunda, callada y muerta, en donde abren sus corolas cambiantes las ninfeas del crepúsculo, baja á la calle una luz extraña que lo invade todo, que lo penetra todo, y la calle brilla y resplandece inundada por la gran claridad crepuscular.

Son las seis de la tarde. Monótonamente el reloj de la Catedral lo ha dicho en su vieja lengua de bronce. Y á esa hora, de los grandes almacenes huyen los empleados del comercio, las cigarreras salen de sus fábricas, grupos de colegiales atraviesan, deshojando al viento las frescas rosas de sus risas; la calle se llena de vida intensa, se oyen mil voces, se escuchan mil ruidos; el timbre argentino de una bicicleta que cruza, veloz; el áspero estrépito de un coche que pasa, rápido; los vendedores de periódicos que gritan á pleno pulmón. Y entre tanto ruido, tanto bullicio, tanta luz, en

el largo crepúsculo de junio, también pasas tú, ¡oh pilluelo desarrapado, flacucho, raquítrico, enfermizo, con el vestido hecho girones, casi desnudo y con los pies descalzos! . . .

Yo te veo caminar, indiferente, por la acera llena de luz, entre la muchedumbre apresurada, mirándolo todo, curioseándolo todo, con tus alegres ojillos vivaces, hambriento quizás, friolento tal vez, llevando al extremo de un palo, quién sabe en donde recogido, un andrajo á guisa de bandera, y silbando con todas tus fuerzas nuestro orgulloso himno nacional. Yo te contemplo largo rato, caminar entre los transeuntes, y perderte á lo lejos, hacia el final de la calle luminosa, flameando, lleno de orgullo, tu trofeo de gloria, y, ¡oh pilluelo vagabundo! ¡estabas épico!

Y me quedé meditando, llena el alma de profunda tristeza, porque en ti vi la imagen de la patria, ¡oh pilluelo diabólico y perverso, oh pilluelo malévolo y burlón! que hiciste una bandera con un sucio andrajo, y que silbabas el himno nacional, el gran himno, con los labios enfermos, hambrientos y marchitos. . .

ORO VIEJO

LA TEMPESTAD Y LA CALMA

Yo vi del rojo sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desaparece
su alegre faz, y en torno se obscurece
el cielo con tiniebla de horror llena.

El austro proceloso airado suena,
crece su furia, y la tormenta crece,
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto Olimpo y con espanto truena.

Mas luego vi romperse el negro velo
deshecho en agua, y á su luz primera
restituirse alegre el claro día.

Y de nuevo esplendor ornado el cielo
miré y dije: «¿Quién sabe si le espera
igual mudanza á la fortuna mía?»

D. JUAN DE ARGÜJO.

LA MUJER

Es la mujer del hombre lo más bueno;
es la mujer del hombre lo más malo;
su vida suele ser y su regalo;
su muerte suele ser y su veneno.

Es vaso de bondad y virtud lleno;
á un áspid libio su ponzoña igualo;
por bueno al mundo su valor señalo;
por falso al mundo su valor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cría;
no ha hecho el cielo cosa más ingrata;
es un ángel, y á veces una harpía.

Tan presto tiene amor como maltrata;
es la mujer, en fin, como sangría,
que á veces da salud, y á veces mata.

LOPE DE VEGA CARPIO.



A LA EDUCACIÓN MODERNA

La Educación, la Educación Moderna,
que es libre en todo, cual cometa errante,
hace del niño colosal gigante
porque transforma la substancia tierna.
Es antorcha de luz, es gran linterna
que alumbra la Razón del ignorante,
y brilla como fúlgido diamante
en el alma feliz en que se interna.
Por fin rompió la Educación lozana
la muralla oriental que interpusieron
los partidarios de Ignorancia vanal...
¡Ya los viejos ideales perecieron
y se levanta la niñez temprana
sobre bases que ayer no conocieron!

MIGUEL ANGEL CASAL

Costa Rica, 1911.

ALEGORICA

Pajarillos con alas doradas,
que en las ramas del árbol bendito
suspendidos de hilillos de oro
tenéis vuestros nidos...
¡mirad hacia abajo,
mirad con cariño!

Pajarillos con alas de pluma,
que debajo del árbol bendito,
vuestros nidos tenéis en el suelo
cuajados de frío...
¡mirad hacia arriba
y esperad tranquilos!

Pajarillos dorados de arriba;
de las plumas calientes del nido,
de los frutos del árbol sagrado
cargad los piquitos,
tended esas alas,
cortad esos hilos...

Pajarillos humildes del suelo,
ya va el sol a templar vuestros nidos,
ya el amor va a bajar a buscaros,

abrid los piquitos,
tended las abillas,
estad prevenidos.

Descended ya vosotros del árbol,
elevaos vosotros y uníos,
y en los aires os dais un abrazo,
¡juntáis los piquitos,
rozáis vuestras alas,
unís los pechillos...

Y bajaron amables los unos,
y subieron los otros sumisos,
y después de besarse en los aires
volaron unidos...
¡Todos eran unos!
¡Todos pajarillos!

¡Que se calle ese sabio parlante;
que los males del mundo afligido,
no se curan con esos discursos
hinchados y fríos...
se curan con besos,
con besos de niño!

Los que nazcan en cunas de oro,
que se acuerden de sus hermanitos.
Los que nazcan en cunas de paja,
que sufran sumisos,
porque Aquél que nació en el pesebre,
también tuvo frío...

J. M. GABRIEL Y GALÁN

USTED debe buscar la economía en
los trabajos de imprenta que
encargue, mas sin perjuicio de la buena
calidad de los mismos. Para ello debe re-
currir al taller más nuevo de país, á la Im-
prenta del Comercio, situada enseguida
del Carmen, 25 varas al Norte.

—La pequeñez del espíritu se hace sen-
tir, sobre todo, en las grandes cosas.

CHASCARRILLO

Tres alumnos de la Escuela de Bellas Artes, conversaban amistosamente junto á la puerta del edificio.

—¡Oh! amigo mío,—dice uno.—Pinté el otro día una tablita de cedro dándole el aspecto de un pedazo de mármol, con tanta exactitud, que se sumerge en el agua...

—Bah!—dijo otro.—Ayer colgué mi termómetro junto á un lienzo que representa las regiones polares, y descendió inmediatamente el mercurio á 20 ° bajo cero.

—¡Eso no es nada!—exclama el tercero. Mi retrato del Marqués de Camargo está pintado tan á lo vivo, que tengo la necesidad de rasurarlo dos veces por semana.



ESQUELAS MORTUORIAS

Debido á sus grandes existencias y á todas las facilidades con que cuenta, la Imprenta del Comercio imprime y distribuye la mayor parte de las esquelas mortuorias que se emplean en San José.—Sus precios están al alcance de todo el mundo y sus puertas abiertas á toda hora del día y de la noche.

Fijese en que esta casa no tiene agentes y que por tanto, como Ud. trata directamente, obtendrá grandes economías y descuentos no despreciables.

"La Costarricense" - Fábrica de Sellos de Caucho

La única premiada
... en este país ...

Dirigir las órdenes á su propietario y fundador
TEÓFILO SIBAJA G. - Alajuela, Costa Rica



Sastrería Española

de

Gregorio Expósito

AVENIDA CENTRAL O., 50 VARAS DEL MERCADO.—SAN JOSÉ

La buena calidad de sus telas y su especialidad en el corte, han dado á esta Sastrería gran fama y prestigio.

Obsequios semanales de trajes á la medida. En la amortización N.º 13 del domingo pasado, han sido favorecidos con un traje los señores Antonio Urbano y Juan Torrelló, Puntarenas.

HOY DOMINGO AMORTIZACIÓN, CATORCE

Se puede sacar recibos desde el lunes hasta el domingo á las 11 a. m.